

POLITICA

Los economistas suelen pedir menos política: un gobierno chico; que exija menos impuestos; que no pretenda asumir la responsabilidad de asegurar el bienestar de todos los ciudadanos incapaces de salir adelante con sus propias fuerzas; que se desprenda de las empresas que puedan ser mejor administradas por los particulares; un estado "con menos grasa y con más músculo" suelen decir.

Los ecologistas piden un estado fuerte, capaz de controlar los intereses particulares considerados como agresores del patrimonio natural. También piden o añoran muchos el Estado-Providencia, el "Welfare State", el estado paternalista, el mundo de los pobres, de los débiles, de los marginados y también el mundo de los políticos profesionales que suelen mantener a su clientela electoral, en parte al menos, con los puestos y los recursos fiscales.

Muchos autores aconsejan al Estado aplicar en su gestión -cualquiera sea el volumen de ella- métodos mas eficaces, como los que suele usar la empresa privada. Lo ponen en guardia contra las burocracias rutinarias y tramitadoras, preocupadas de sus sueldos y de sus carreras más que de la buena atención de los intereses colectivos o del público. Otros en cambio enaltecen el "servicio público" como un ejemplo de dedicación al bien de la comunidad, independiente del afán de enriquecimiento personal.

Por modernización del Estado se suele entender a la vez una reducción del Estado y la búsqueda de la eficiencia y de la eficacia. El funcionario debe perseguir fines y objetivos y debe hacerlo con iniciativa y responsabilidad, en vez de contentarse con desempeñar su cargo de acuerdo con las leyes y reglamentos que lo establecen y regulan.

Se habla mucho también de gobernabilidad. Los ejecutivos de las naciones tienen dificultad para imponer una disciplina cívica. Las leyes no siempre se cumplen. Los impuestos no siempre se pagan. Los afectados por una medida de gobierno, aun lejítima, protestan, se oponen a su ejecución, organizan desfiles con pancartas, hasta huelgas de hambre.

La corrupción es otro mal que afecta a la política. Hay corrupción de parte de los particulares que ofrecen dinero a funcionarios públicos para obtener privilegios contra la ley. Y hay corrupción de parte de los funcionarios públicos que favorecen a sus amigos a cambio de dinero o de otras ventajas. Y no solo daña la corrupción. Daña también la sospecha de corrupción que suele afectar a "justos" y "pecadores" y crea un clima de desconfianza generalizada muy perjudicial para el país y para el gobierno.

Las encuestas suelen indicar que hay, en muchos, poco aprecio por los políticos, especialmente por los que son profesionales de la política o se dedican a ella a tiempo entero. Se tiene del político la imagen de un hombre que, con tal de ser elegido, promete a los electores lo que sabe que no podrá cumplir, los halaga con mentiras y, una vez elegido, se preocupará más de sus propios intereses que de los de sus electores y de los del país. Se tiende a culpar, a veces injustamente, a las autoridades por cualquier falla en la cosa pública. Es bueno que las autoridades se sientan vigiladas y que los ciudadanos exijan un buen servicio. Pero, a veces, el gobierno se hace muy difícil por tantas críticas, a veces injustas y eso también perjudica finalmente a la comunidad nacional.

Se constata por fin un desinterés por la política y, en general, por la cosa pública. Ya nos referimos a la tendencia individualista, "narcisista" característica del hombre moderno. Agreguemos a ello la baja estima de que gozan la política y los políticos, según acabamos de anotar. Pero hay otro factor más profundo: la política ha perdido el prestigio que le daba la filosofía en que se inspiraba, así fuera una ideología. Los conservadores y los radicales del siglo pasado peleaban por principios, por valores, por ideas. Los liberales y los socialistas peleaban por utopías opuestas, que eran doctrinas excluyentes: para unos la libertad, para otros la igualdad. Los marxistas tenían una visión total del mundo que abarcaba la religión, la filosofía, la cultura, hasta la ciencia. Los nazis y los fascistas tenían una mística basada en la raza, en la historia o en el líder. Hoy la política se ha vuelto pragmática: se trata de buscar y encontrar a los problemas la mejor solución posible, dadas las circunstancias, sin preocuparse demasiado de principios o de valores. Inclusive hay quienes estiman que el político ideal es el que hace

cosas, sin invocar ideas o sentimientos.

De allí que son pocos los que se integran a los partidos políticos. De allí también que sean muchos los que ni siquiera se inscriben en los registros electorales, o estando inscritos se abstienen de votar, o votan en blanco o anulan su voto. No quieren tomar parte activa en algo que no les interesa, en lo cual no creen.

El siglo XX termina con una notable carencia de políticos de nivel mundial e histórico. Los Lenin, los Stalin, los Mao, los Mussolini y los Hitler. Pasaron también los Roosevelt, los Churchill, los de Gaulle, los Adenauer. Con motivo de la reciente visita del Santo Padre a Cuba mas de algún periodista sintió que Karol Wojtyla y Fidel Castro eran talvez los únicos sobrevivientes de los grandes políticos del siglo XX. El Papa no es un político en el sentido estricto de la palabra. Pero es un hombre que cree en Dios, que cree en el hombre, que sabe lo que quiere, que tiene sus raíces en el pasado y su mirada en el futuro y por eso mismo ha tenido una influencia, si bien indirecta, también en el campo político. Fidel Castro cree en el marxismo, en el socialismo. Tiene algo de místico y de profeta. Y eso le ha permitido permanecer vigente, pese al descalabro de las ideas y valores en lo que él cree, pese al derrumbe de los que le apoyaban.

En Chile vivimos una situación política compleja que se refleja bien en nuestros partidos políticos. En la UDI tenemos tres vetas diferentes: el catolicismo de derecha de Jaime Guzmán, el economicismo técnico de Hernán Büchi, la eficacia práctica de Jaime Lavín. En RN están la postura tradicional de la derecha conservadora de Jarpa y la apertura hacia el centro, mas democrática y mas liberal, de Allamand. La DC se ha debilitado en su inspiración cristiana y en sus raíces católicas y trata de conciliar la eficacia de la economía de mercado con la necesidad de promover los sectores pobres y marginados. El PS y el PPD también apoyan, por su eficacia práctica, a la economía de mercado; han dejado casi entéramente de lado el discurso marxista y ven debilitarse la que fue su base política tradicional: los sindicatos y el movimiento obrero, mientras se desdibuja aquello que antes se llamaba "pueblo" atraído el también en parte por el consumismo, el progreso económico y social y la economía de

mercado.

Y queda un sexto partido: la izquierda dura. Este se apoya en un PC que ha perdido la confianza en la ideología marxista casi abandonada por el mundo intelectual; que ha perdido el apoyo del imperio soviético derrumbado y atomizado, pero que conserva su mística y su técnica de lucha política y social y atrae a los descontentos, a los frustrados, a los que han perdido sus razones de vivir, de esperar y de luchar. Para algunos es un renoval sin futuro en el tronco desecado del socialismo marxista. Para otros es la expresión de un nuevo despertar del ansia de una política de ideas y valores, que busca la justicia y la igualdad y, a través de ellas, una esperanza y un sentido. Y que anda buscando a tientas una nueva visión política que sustituya las ideologías fracasadas y los materialismos economicistas y consumistas, dando a la acción política un sentido y una mística por los cuales valga la pena jugarse.

Nunca la comunidad humana ha necesitado tanto como ahora de una política prestigiosa, inspirada, eficaz, que interprete fielmente el parecer y el sentir de las grandes mayorías y también de las minorías nacionales. Para ensamblar la economía y la ecología, la promoción de la empresa y la defensa de la naturaleza; los intereses económicos y las necesidades sociales; para manejar y controlar la tecnología, para regular o desregular la demografía, para promover una familia renovada, para enfrentar los problemas de seguridad y de justicia, de salud y de educación, de trabajo y de vivienda, de obras públicas, de transportes y de comunicación de masas. Se necesitan políticos estudiosos y visionarios, cercanos a los ciudadanos, con autoridad y prestigio, verdaderos conductores de la comunidad nacional y constructores de un orden mundial. Políticos pensadores pero también realistas.